

January 2010

La oralidad, la lectura y la escritura como mediaciones para la convivencia

Fernando Vásquez Rodríguez

Universidad de La Salle, Bogotá, fvasquez@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Vásquez Rodríguez, F. (2010). La oralidad, la lectura y la escritura como mediaciones para la convivencia. *Revista de la Universidad de La Salle*, (53), 161-175.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

La oralidad, la lectura y la escritura

como mediaciones para la convivencia¹

Fernando Vásquez Rodríguez*

■ Resumen

A partir de considerar la convivencia como tarea personal y colectiva, el autor presenta reflexiones y estrategias encaminadas a fomentarla y desarrollarla en la escuela. Los tres campos en los que se organiza el texto son los de la oralidad, la lectura y la escritura; en cada uno ellos, además de mostrarse su importancia y su relación con el convivir, se ofrece una gama de formas prácticas, recursos o recomendaciones que bien puede servir de base para que los docentes comprendan la importancia y la necesidad de contribuir a una formación de un espíritu y una mente plurales donde quepan las diferencias de todo tipo y se mermen la exclusión y el sojuzgamiento.

Palabras clave: convivencia, formación ciudadana, oralidad, lectura, escritura, estrategias docentes, didáctica de la lectura, la escritura y la oralidad, aprendizajes vitales, mediaciones didácticas.

* Director de la Maestría en Docencia de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: fvasquez@lasalle.edu.co

¹ Ponencia leída en el Primer Concurso Distrital para colegios privados sobre "Proyectos institucionales de lectura, escritura y oralidad", PILEO 2010, organizado por la Secretaría de Educación de Bogotá, Biblioteca Virgilio Barco, noviembre 17 de 2010.

1

Partamos de una afirmación: convivir no es lo mismo que coexistir. La convivencia es más que estar juntos. Demanda un esfuerzo personal, una voluntad de consenso y cierta disposición de tolerancia hacia los otros, sin la cual es imposible compartir un espacio, unas ideas, un credo o una cultura. Convivir, por tanto, es también un proyecto personal y colectivo: no es algo que se logre naturalmente o que nazca por la simple condición de ser personas. Todo lo contrario, la convivencia es una conquista de los pueblos, los grupos y los seres humanos para sobreponerse a la fragilidad individual, al vaivén incontrolable de las emociones o a la caprichosa libertad de hacer lo que se nos venga en gana². Convivir es un pacto, un acuerdo, una carta de navegación, una alianza, a partir de la cual es posible el desarrollo individual y, al mismo tiempo, el desarrollo de una sociedad.

He dicho que la convivencia no es un estado o una condición espontánea. Me refiero a que para conseguirla debemos hacer un doble ejercicio: primero, de reflexión profunda y genuina sobre lo que somos; es decir, descubrirnos como seres necesitados de afecto, de protección, de reconocimiento. Tal tarea de discernimiento es fundamental para entender nuestra insuficiencia ontológica; recordémoslo ahora: gracias a los otros completamos y conformamos eso que llamamos identidad. El segundo ejercicio tiene que ver con el descubrimiento o el aprendizaje de ciertas habilidades comunicativas sin las cuales no es posible exponer nuestros deseos o reclamar nuestros derechos. Tomar la palabra, disponerse para la escucha, dar razones sólidas y convincentes sobre algo, cada una de estas acciones requiere un tiempo para asimilarlas y, por supuesto, la intervención de mediadores cualificados para hacerlo³. Puesto de manera sintética, el convivir exige de nosotros una doble tarea: de introspección y de comunicación.

² En este mismo sentido, antropólogas como Mercedes Fernández Martorell, consideran que la convivencia es una "invención", puede verse *Antropología de la convivencia. Manifiesto de antropología urbana* editado en Madrid por editorial Cátedra en 1997.

³ Jonan Fernández, en su texto *Vivir y convivir. Cuatro aprendizajes básicos*, menciona los aprendizajes indispensables para aprender a convivir: "el aprendizaje de la limitación de la condición humana, el aprendizaje del sentido del agradecimiento, el aprendizaje de la escucha de la conciencia y el aprendizaje de la dignidad humana", editado en Madrid, por Alianza editores en 2008.

Precisamente, en este doble escenario es donde podemos comprender mejor el papel de la oralidad, la lectura y la escritura como mediaciones estratégicas para favorecer, incentivar, renovar y desarrollar la convivencia.

2

La oralidad es quizá la primera mediación con que contamos cuando empezamos nuestras incipientes demandas ante el alimento que nos falta o el techo de que carecemos. La oralidad que puede tomar la forma de grito, llamado o lamento; la oralidad que se articula para volverse palabra. Palabra que se complejiza hasta configurarse en relatos, fórmulas y canto. Esa oralidad, aprendida desde el vientre de nuestra madre, tan repleta de repeticiones y giros coloquiales, tan propia del ambiente en que nacemos y tan pegada a nuestros orígenes, esa oralidad, es el primer puente que tendemos hacia los otros. Digamos que es otro lazo de sangre a partir del cual establecemos un vínculo con los más cercanos, llámense familiares o miembros de la tribu. Por ella y con ella aprendemos una lengua, un credo, unos valores... Dicha oralidad se asemeja al otro seno nutricional de nuestra cultura.

Esa oralidad es el vehículo primero mediante el cual nuestros mayores nos heredan sus capitales simbólicos: una historia familiar, unos dioses tutelares, un bagaje de formas de hacer y de pensar. Sin esa oralidad primaria, y esto es fundamental para el campo de la educación, perderíamos la tradición, ese pasado vuelto carne que nos constituye. Mejor aún, es gracias a la viveza agonística de la oralidad, como nos ponemos en contacto con un pasado, con la ramificación infinita de una memoria⁴. Por eso mismo, hay que provocar o fortalecer aquellos escenarios donde la oralidad se vuelve cuento, historia, leyenda, relato, anécdota, mito... Y digo esto porque la oralidad con su tinte de emociones, con ese ropaje visceral, nos permite vincularnos con lo pretérito; nos posibilita el no vernos como seres desasidos o absolutamente sueltos de la herencia humana. Entonces, cuando hablan los abuelos o nuestros padres, cuando el maestro relata a sus alumnos las historias fundacionales, lo que se hace en verdad es establecer vínculos lejanos, filiaciones subterráneas poderosas, para

⁴ Vale la pena releer el capítulo tercero "Las psicodinámicas de la oralidad" del libro de Walter Ong *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*, Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1996.

que las nuevas generaciones tengan raíces fuertes que les permitan crecer sin tantos temores y, especialmente, para que alimenten su espíritu o su corazón con unos principios.

Desde luego, para poder acceder a esos tesoros de la oralidad, se requiere desarrollar al mismo tiempo una facultad de escucha. Quien cuenta necesita un oyente o un auditorio dispuesto a recibir su voz y a descifrar sus gestos. Por momentos esa capacidad de escucha puede convertirse en silencio. Pero no como silenciamiento absoluto sino como un turno comunicativo para que sea posible descubrir en el relato de ese narrador el meollo del mensaje, los matices de la trama, la riqueza del argumento... Valga decir que los vínculos necesitan de ese silencio para fortalecerse, para que logren su tejido más consistente. No podemos confundir, entonces, un favorecimiento de la oralidad con el parloteo continuo o la vocinglería gritona; más bien se trata de que en nuestros espacios de aula o en nuestros recintos familiares, nos propongamos escuchar con cuidado lo que otro ser quiere decir o comentar. A veces, basta con eso, con escuchar, para que se fortalezca un vínculo, se dinamice una relación o se solucione una desavenencia. La escucha no es lo contrario del hablar; es su complemento.

Cabe agregar que la oralidad, y de eso sí que sabían los inventores de la democracia, cuando sale a la plaza pública requiere de unos saberes, de una fineza en las técnicas que exige contar con un preceptor que nos las deleve. Hablo, por supuesto, de la retórica. Pero entendida como mediación para exponer o defender nuestros puntos de vista, para organizar nuestro pensamiento y darle un uso razonado a nuestras ideas. La retórica clásica y la neoretórica contemporánea son añejamientos exquisitos de la oralidad primera, son maduraciones de ese fundacional deseo por constituir clan, grupo, sociedad⁵. Y por eso mismo, hay que tomarla en serio. Conocer sus vericuetos, sus características y fines, sus elaborados consejos cuando de formar comunidad se trata. Tal vez una de las fallas notorias de nuestros políticos actuales es el desconocimiento de esta cantera de recursos persuasivos, de este medio dialéctico para lograr convencer en lugar de imponer; una mediación anclada en la confianza de la

⁵ Además del ya texto clásico de Aristóteles sobre la retórica es digno de mencionar acá el libro de Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Madrid: Gredos, 1989.

fuerza razonable de los argumentos y no en la fuerza irracional de las armas o la violencia física.

3

Otra de las mediaciones estratégicas para tejer convivencia es la lectura. ¿En qué sentido hago esta afirmación? Al leer abrimos nuestro entendimiento: dejamos de condenar nuestra situación vital a las reducidas cuatro paredes familiares o al espacio de un salón de clase, y ampliamos nuestro territorio físico y mental. Descubrimos que hay otras formas de creer, de vestir y comer, de comportarse y entrar en relación. La lectura nos hace ciudadanos de otros congéneres y, particularmente, nos invita a confrontar lo que somos. La lectura, en muchos casos, se convierte en espejo para nuestras propias convicciones. Quizá en ello estribe el papel liberador de la lectura, tanto en sus formas escolares como en aquellas otras más placenteras o lúdicas. Tanto una como otras son maneras de ponernos en contacto con otros seres que aunque lejanos físicamente podemos darles la mano con nuestra imaginación. En este sentido, la lectura amplía nuestro radio de acción y de comprensión y, en esa medida, nos habilita para ser más tolerantes, más flexibles.

De otra parte, la lectura contribuye para que aminoremos o minimicemos nuestros fanatismos y dogmatismos. Si en verdad ensanchamos nuestro territorio espiritual, seguramente podremos ver la vida y la cultura menos como zonas estancas, y más como lugares de fronteras mutantes y sinuosas. Eso nos permitirá ver hermanos en sitios lejanísimos y compañeros de camino en espacios insospechados. Tal ensanchamiento de nuestra humanidad, provocado por la lectura, nos hará solidarios, compasivos... Porque, y eso hay que decirlo aquí, hay una convivencia de primer nivel, esa que reclamamos para nuestros espacios familiares o de región, para determinado pueblo, y otra, de segundo nivel, más ecuménica, más cosmopolita, la que brota de reconocernos como humanos, como especie necesitada de manos fraternas⁶. Por tanto, la lectura

⁶ Recomiendo leer el texto del sociólogo Alberto Melucci. *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta, 2001, en que afirma: "La búsqueda de un nuevo modelo de relaciones planetarias, que no se base ya en los estados-nación como actores únicos y centrales, parece emerger como una de las cuestiones más relevantes con que se confronta el mundo contemporáneo. En este momento se pide al género humano un enorme esfuerzo para dar forma política a su vida social, ahora irreversiblemente planetaria. Se necesita con urgencia diseñar un cuadro político e institucional capaz de gobernar la pluralidad, la autonomía y la riqueza de las diferencias y, al mismo tiempo, de expresar nuestra responsabilidad común por el destino de la especie y el planeta" (2001: 49).

puede crear un caldo de cultivo propicio para que las nuevas generaciones se conduzcan por asuntos y personas que, aunque no están dentro del círculo de los más cercanos, son de vital importancia para la suerte del planeta, la pervivencia de la vida, y el desarrollo pleno de nuestra humanidad. Creo que la lectura puede hacernos corresponsables de ese destino.

Agreguemos algo más: la lectura puede permitirnos pasar de la arena del juzgar a la zona del comprender. Este desplazamiento es fundamental para la lubricación de la convivencia. Sea en nuestra casa, en la escuela, en nuestro trabajo, en la comunidad, tendemos a la inmediatez del juicio, de la opinión descalificadora o al etiquetamiento excluyente. No nos tomamos un tiempo para comprender. Tal vez por el mismo ritmo de la vida de hoy, por esa vertiginosa avalancha de información a la que estamos expuestos, disparamos nuestras palabras o nuestras opiniones como dardos inapelables o como dictámenes incontrovertibles. No medimos el alcance de lo que decimos. Nos falta tacto y prudencia. Somos fáciles para el señalamiento y lentos para pedir perdón o hacer rectificaciones. Pienso, en consecuencia, que la lectura puede ser un buen catalizador o un tónico para educar nuestro pensamiento a que haga la aduana reflexiva y se tome el tiempo necesario para comprender el comportamiento del extraño que nos molesta, el credo del colega que no coincide con el nuestro, la orientación sexual que desborda nuestros esquemas morales. La comprensión, digo pensándolo, es la grasa o el aceite que mantiene sin obstáculos los mecanismos de la convivencia. Y por eso hay que trabajar en ello: ayudarle a nuestros estudiantes a que vean diferentes ángulos de un mismo asunto o problema, a que tengan frente a las dificultades o los inconvenientes con sus compañeros no la actitud del que espera el mandato o la consigna para obedecerla ciegamente sino que puedan deliberar y enfrentar las diversas encrucijadas morales que tendrán a lo largo de su vida.

Pero, el puente de la lectura tiene una orilla en la tradición y otra en el porvenir. La lectura nos da motivos para conversar, para enriquecer nuestro capital cultural, para sazonar nuestras interrelaciones de aditamentos diferentes al unívoco plato de la sociedad de consumo. Quien cultiva el hábito de leer puede tomar la palabra con mayor facilidad. No solo porque tiene pábulo para sus disertaciones sino porque cuenta con diferentes razones a las dadas por hecho

o a esas otras avaladas y machacadas por la interesada fábrica de los medios masivos de información. La lectura nos permite estar en guardia contra esa sospechosa mareada de la opinión pública y nos da elementos de juicio para avizorar otras posibles causas o inéditas soluciones a determinado problema. Porque eso también vale la pena mencionarlo: la lectura, además, de ponernos en contacto con un patrimonio cultural, de igual modo nos desarrolla las facultades de fantasear e imaginar. Y sabemos que sin esas facultades es muy difícil edificar el porvenir. Por eso es tan fundamental el cultivo, cuando no el hábito de leer en las nuevas generaciones: para que tengan insumos y logren idear otras maneras de interactuar, otras rutas u otros caminos para el encuentro en este mundo tan individualizado, tan avaro, tan enclaustrado y resguardado en burbujas del desinterés, tan declarado abiertamente violento hacia lo diferente. Puede ser que en las páginas de la lectura estén las claves de una convivencia planetaria y una redefinición de lo que nos constituye como seres solidarios y necesitados de respeto y dignidad.

4

He dejado para el final hablar de la escritura. Una mediación que tiene la virtud de transformar nuestro psiquismo a la vez que permitimos trascender nuestra inmediatez. Gracias a la escritura, eso lo sabemos, no solo podemos fijar la evanescente oralidad sino que, de otra parte, nos posibilita tener un referente común, un texto iluminador de nuestras acciones, de nuestros derechos y deberes. Sobra decir que esto es esencial cuando tenemos como propósito constituirnos como comunidad. Los pactos animados y promulgados por la oralidad, cobran mayor solidez cuando se transforman en escritura. Y como conocemos de la caprichosa y zigzagueante manera de ser de la memoria, de la cambiante forma de nuestros deseos, por eso mismo, la escritura nos ha servido de faro, de estrella polar para dictaminar el rumbo de nuestras conductas o para regular un orden de convivencia no sujeto al capricho de las personas o a favor de los más fuertes sobre los débiles. Digamos que la escritura, al menos en esta función de fijar lo que decidimos tener en común, representa una ganancia sobre la regulación primitiva del derecho del más fuerte. Por eso es importantísimo enseñarles a nuestros estudiantes el valor del respeto a la norma, a la ley; y, al lado de la observancia de estos instrumentos reguladores,

mostrarles el valor de la justicia, y de cómo si no protegemos y respaldamos a los jueces (esos custodios de la escritura vuelta ley) todo ese conjunto de cosas en común terminarán yéndose a pique por la caprichosa voluntad de los déspotas o por la no menos peligrosa mano de los emporios financieros.

Mas la mediación de la escritura no acaba en los manuales de convivencia, ya sean estatales o de pequeños grupos sociales. La escritura de igual modo permite indagar en nuestro yo, en nuestra compleja identidad. Pienso ahora, solo como ilustración, en el papel del diario para socavar y lograr reconocer esos otros seres que somos. La escritura íntima posibilita ir dando cuenta de nuestros cambios, de nuestras constantes, de esos eventos que van marcando nuestro carácter o perfilando una forma de ser. De allí que, cuando incitamos a nuestros estudiantes a que lleven un diario, además de irlos preparando en las lides del escribir, más allá de ponerlos en contacto con esta herramienta de la mente, lo que buscamos también es que ellos mismos descubran por medio de esta objetivación del pensamiento que es la escritura, un reflejo a partir del cual construyan su identidad. Porque eso es otro asunto que merece toda nuestra atención: no se nace sujeto; se aprende a serlo. Y al igual que decíamos que la convivencia no es lo mismo que la coexistencia, de igual manera debemos decir que la subjetividad no se consigue con el mero nacimiento, hay que elaborarla, poco a poco, descubriéndola en sus avatares y modulaciones. La escritura, por ende, puede servir de piso para que nuestros estudiantes entren en ese desarrollo de su subjetividad. Esto es básico en cualquier proceso de convivencia porque si no se cuenta con identidades individuales tanto más difícil será construir identidades colectivas.

El otro aspecto de la escritura tiene que ver con el aprendizaje de esta mediación para poder expresar una reclamación, una injusticia, una nueva posibilidad de relación... En este caso, la escritura cuenta con un acervo de géneros y formatos, de sistemas de codificación y estrategias de producción que no podemos negárselas a las nuevas generaciones. Allí hay una tarea impostergable para las didácticas de la escritura especialmente en lo que se refiere a las formas y a las maneras de producirla. Es necesario que nuestros educadores entiendan que cuando enseñan a escribir no es solo una labor de redacción sino una tarea con el desarrollo del pensamiento; una mediación para lograr exigir de la me-

por manera un derecho, un medio idóneo para ser escuchados, una forma de contribuir al desarrollo y avance de una sociedad o una cultura. El profesor de escritura tiene una responsabilidad política que por momentos olvida. Porque esos signos, esas graffias, cuando están elaboradas con los reglas y los cánones indicados, pueden incidir de manera contundente para restablecer la sociedad a su derrotero indicado o para que emerjan nuevos caminos que garanticen la salida de ciegos atolladeros. Por eso, la didáctica de la escritura merece toda nuestra atención, porque la convivencia demanda diversas mediaciones escriturales bien sea para administrarla, regularla, renovarla o convertirla en una verdadera tarea de todos. De allí que aprender a escribir no sea simplemente una asignatura escolar sino una mediación vigorosa para la participación, la construcción de convivencia y el ejercicio de nuestra ciudadanía.

5

Quedaría incompleta esta ponencia sin compartir un abanico de concreciones de las estrategias de que he venido explicando. A lo mejor algunas de ellas ya circulan en nuestros espacios educativos, cosa que desde ya celebro. Pero de no ser así, las estrategias o recomendaciones que siguen a continuación pueden servir de pistas para que otros colegas se animen a ponerlas en práctica, a enriquecerlas o adaptarlas a sus necesidades educativas más urgentes.

En cuanto a la oralidad

Creo indispensable fomentar en nuestros espacios educativos los foros, debates, paneles, conversatorios... es decir, incluir las llamadas "hablas pluripersonales"⁷. Todas estas estrategias favorecen o ejercitan el intercambio de ideas, la doble vía del discurso, la argumentación, la construcción de consensos o disensos, el enfrentamiento fraterno de creencias, el poder dar y recibir opiniones, así sean adversas... Todas estas estrategias, lo he comprobado, favorecen o previenen a nuestros alumnos contra los dogmatismos, las verdades incuestionables, los saberes definitivos; en suma, contribuyen a mostrar la relatividad de nuestras creencias y, lo que me parece vertebral para una

⁷ Consúltense dos textos con amplísimas estrategias: el de Marina Cuervo y Jesús Diéguez, *Mejorar la expresión Oral. Animación a través de dinámicas grupales*. Madrid; Narcea, 1993, y *La comunicación oral y su didáctica* de María Victoria Reyzábal. Madrid: La Muralla, 1999.

educación en la convivencia, a entender que cambiar de parecer o de postura –cuando hay razones de los demás que nos convencen– no es debilidad o falta de carácter, sino todo lo contrario: adquirir una madurez intelectual en la que abunden la flexibilidad y la tolerancia.

Vale subrayar también el generar espacios donde la participación y el aprendizaje colaborativo lleven a nuestros estudiantes a escuchar al otro, a disentir y hacer consensos. Debemos impulsar estas estrategias de enseñanza más que las tareas individuales; lo colaborativo y lo cooperativo, el trabajo en grupo, favorecen y ayudan a que las aristas de nuestros caracteres se pulan para que sea posible pensar en los objetivos de un determinado proyecto más que en la afinidad temperamental o en la peligrosa selectividad de las “logias”⁸. Al trabajar con otros, al desarrollar esa habilidad social, tendremos la posibilidad de avivar en nuestros estudiantes actitudes de aceptación, admisión y acogida en lugar de otras cabalmente lejanas a la convivencia: eliminación, descarte o separación.

En cuanto a la lectura

Me gusta fomentar y promover la lectura de textos en donde se pueden evidenciar posturas o planteamientos diferentes sobre un tema en particular. Por eso me gustan las antologías o las obras en colaboración, textos frecuentes hoy en nuestra oferta editorial. Y cuando no se hallan esos textos en el mercado, he ido habituando a mis estudiantes a las llamadas “baterías de lectura” en donde procuro incluir diversas miradas de un mismo asunto, o a autores que abordan un tema pero desde una ideología, una epistemología, un contexto o una postura política diferente. Lo que busco con ello es que los estudiantes no se plieguen con demasiada facilidad a una sola mentalidad o a una única cosmovisión de mundo.

Exploremos otro asunto: es recomendable enseñar y mostrarles a los alumnos diversas maneras de leer un mismo texto. Ofrecerles un menú de posibilidades de entradas o caminos: ahí está, por ejemplo, la lectura simbólica, la lectura

⁸ Sugerentes son las ideas que sobre este aspecto aportan Bruce Joyce, Marsha Weil y Emily Calhoun en la parte II correspondiente a la “Familia de los modelos sociales” en su obra *Modelos de enseñanza*. Barcelona: Gedisa, 2002. Comentan los autores al respecto: “casi todos los creadores de modelos sociales consideran que la principal función de la educación consiste en preparar a los ciudadanos a generar una conducta integradora y democrática, enalteciendo la vida personal y social y a la vez asegurando un orden social democrático y productivo”.

estructural, o la lectura indiciaria... Lo importante acá es hacer evidente la diversidad de accesos, el despuntar de los sentidos, la riqueza de una u otra vía⁹. En esta misma orientación, es clave conocer y poner en práctica los aportes de la llamada estética de la recepción, la cual nos ha permitido explorar en una idea esencialmente borgesiana: el lector es el que actualiza la obra¹⁰. Pero, lo importante de esta estrategia, es mostrar a nuestros alumnos que la vida y la cultura ofrecen diversos sentidos, que es nuestra limitación y las cortapisas que nos ponemos, las que reducen peligrosamente su significado. Con ello garantizamos, en buena medida, el asumir con demasiada facilidad y docilidad esas posturas excluyentes que tanto daño nos hacen cuando tratamos o buscamos convivir con otros que piensan o ven las cosas de manera diferente a la nuestra.

Sobra decir que los aportes de la lectura semiótica son una herramienta de primer orden cuando deseamos mostrar la compleja y rica manifestación de la cultura. La lectura semiótica, entendida como antropología contemporánea, puede ofrecernos claves de explicación e interpretación para entender prácticas juveniles extremas, manifestaciones subculturales, procesos de hibridación no fácilmente legibles, comportamientos emergentes¹¹. Cada uno de estos signos, en su recepción y producción, nos puede hacer más aptos para comprender otras prácticas y otros imaginarios; puede darnos luces para tener salvoconductos interculturales o al menos una mente dispuesta a no señalar negativamente al extraño y, como dice Joan Carles Mèlich (1994), ver en él un posible cómplice.

De igual modo, creo conveniente fomentar la lectura de textos poéticos. Y no con el fin de que nuestros alumnos, como a veces se piensa, tengan material para las sesiones solemnes o los centros literarios, sino para que logren desarrollar su sensibilidad. La poesía, como otros artes, contribuye a que nos hagamos sensibles hacia asuntos que a primera vista no tienen importancia o valor. Nos dotan de una mirada libre de lo instrumental o de cierto inmediatis-

⁹ Un ejemplo de este calidoscopio de lecturas es mi texto *Vías, desvíos y extravíos. Variables de lectura de un poema. La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*. Bogotá: Kimpres, 2008, pp. 201-207.

¹⁰ Aunque amplia la bibliografía sobre este tema, vale la pena destacar la magnífica compilación: *Estética de la recepción*, cuyo editor es Rainer Warning. Madrid: Visor, 1989.

¹¹ Invito a revisar mi libro *La cultura como texto. Lectura, semiótica y educación*. Bogotá: Javegraf, 2004, en el que se incluyen diversas propuestas de lectura semiótica.

mo consumista. La lectura frecuente de textos poéticos puede contribuir a que mermemos nuestro afán depredador hacia los demás y podamos incorporar a nuestra vida dimensiones como la ternura, el desinterés, la gratuidad, la contemplación, el éxtasis o la meditación¹². La poesía, no sobra repetirlo, mediante sus analogías y sus imágenes, nos devuelve el asombro, nos regala una vez más la sorpresa y la alegría de sabernos vivos. Y, de alguna manera, nos dota de otro lenguaje, de unas palabras especiales cuando necesitamos nombrar nuestros anhelos, nuestros sueños, nuestras debilidades.

Finalmente, creo importante también ofrecerles a nuestros alumnos la lectura de estudios de casos y de esa estrategia narrativa denominada dilemas morales. Las dos estrategias parten del mundo de la experiencia, de historias o relatos que posibilitan la identificación, en el sentido de la tragedia clásica. Las dos apuntan a lo mismo: a que el lector tome partido, a que tenga a la mano diferentes posturas sobre un mismo asunto. Pienso que los estudios de caso, por ejemplo, contribuyen a tomar posición, a ver con cuidado los motivos y las razones aducidas, a medir las consecuencias o a sopesar los riesgos de un juicio, a aquilatar la toma de una decisión. De otra parte, la lectura de los dilemas morales provoca o conlleva la reflexión, a tomar una distancia comprensiva, a entender las razones de otros que no son fáciles de aceptar a primera vista¹³. Por lo demás, pone al lector en situación, lo obliga —de alguna forma— a que se comprometa, pero sin desconocer los argumentos de otros actores. Creo que estas estrategias narrativas pueden contribuir a que las cotidianas actitudes de sojuzgamiento y crítica irresponsable hacia los demás vayan mermándose o derivando hacia la comprensión razonada.

En cuanto a la escritura

Necesitamos darles patente de corso a todas esas mediaciones escriturales que son recursos efectivos para la salida de la propia voz y, a la vez, un modo de dialogar con las voces de otros. Es urgente abanderar esas actividades de aula en donde se aprenda a citar, parafrasear o glosar, porque contribuyen a

¹² Sugiero mirar mi artículo: Materiales para una didáctica de la escritura poética. *La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*. Bogotá: Kimpres, 2008, pp. 233–256.

¹³ Como ilustración de esta estrategia puede consultarse el libro de Carl Wellman, *Morales y éticas*. Madrid: Tecnos, 1982.

preparar nuestra palabra para interactuar con otras voces, con otras ideas, con otros pensamientos. Al escribir un comentario, un ensayo, un contrapunto, lo que hacemos es aprender o bien a dar el turno para escuchar la voz de otro o bien saber la pertinencia de cuándo debe entrar nuestra propia voz en esa polifonía llamada conocimiento.

Pienso ahora en el comentario: un tipo de texto que puede ayudar a nuestros estudiantes a que tomen una postura, a asumir un ángulo o una perspectiva sobre determinado tema, asunto o problema. Se trata de superar la pasividad o la poca importancia que le damos al acontecer cotidiano; a tener una actitud activa frente a lo que nos circunda. Lo importante acá es romper esa desidia o esa pereza que termina por invisibilizarnos al vecino, al coterráneo o a esos otros que deambulan con un sufrimiento a cuestas por las calles de nuestras ciudades. Comentar es hacer que la opinión sea realmente pública, que nos comprometamos con esa fuerza social a la cual nos debemos, como suele acontecer en una genuina democracia.

Y ni qué decir de la escritura ensayística como aliada para que nos atrevamos a poner en alto nuestra propia voz. Sabemos que buena parte de nuestra escuela se ha quedado anquilosada en solo favorecer las voces ajenas; es tiempo ya de que nos comprometamos con darle un voto de legitimidad a la palabra de nuestros estudiantes. Por supuesto, no se trata de cualquier palabra. El ensayo implica tener argumentos, saber usarlos; y, además, contar con conectores que les vayan dando cohesión y coherencia¹⁴. La práctica del ensayo, de otra parte, pone al estudiante en ese camino de la propia producción de conocimiento que tanto necesitamos en estas épocas de globalización ideológica.

Cierro este apartado con una confesión docente: he venido trabajando en los últimos años en la escritura del contrapunto como estrategia para contrarrestar el “*copy page*” en los trabajos de los estudiantes. De lo que se trata es de apropiarse de este dispositivo, heredado de la música, para que sea posible aprender a dialogar con los criterios de autoridad. Ese juego entre cita y contrapunto, además de ayudarle al estudiante a dar cuenta de lo que otros dicen, de igual

¹⁴ Si se quiere profundizar en este campo, examínese en detalle mi libro *Pregúntele al ensayista*. Bogotá: Kimpres, 2004.

modo contribuye a que se ponga en diálogo con una información. Son variados los recursos para tal fin: derivando, contrastando, disminuyendo, aumentando, trasponiendo, replicando o analizando. Lo destacable de esta estrategia de escritura es que a una misma cita el estudiante pueda hacerle más de un contrapunto echando mano de procesos de pensamiento diferentes. Salta a la vista su función: poner entre paréntesis lo dado por sentado, atreverse a cuestionar, entrar como interpelante de la tradición.

6

Volvamos a nuestro punto de partida: convivir es más que coexistir. La convivencia hay que aprenderla, fomentarla, propiciarla. No es un logro de buenas voluntades o de políticas demagógicas. La convivencia es una tarea que nos reta y nos compromete a todos y en todos los escenarios donde nos movemos, desde la familia, la escuela, hasta nuestro trabajo o nuestra ciudad...¹⁵ Quizá, hoy más que nunca, en países como el nuestro, el convivir se ha vuelto una tarea de primer orden porque de los resultados de ese proyecto depende, en gran medida, nuestra sobrevivencia.

Bibliografía

- Cuervo, Marina y Diéguez, Jesús. *Mejorar la expresión Oral. Animación a través de dinámicas grupales*. Madrid: Narcea, 1993.
- Fernández Martorell, Mercedes. *Antropología de la convivencia. Manifiesto de antropología urbana*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Fernández, Jonan. *Vivir y convivir. Cuatro aprendizajes básicos*. Madrid: Alianza, 2008.
- Gimeno Sacristán, José. *Educación y convivir en la cultura global*. Madrid: Morata, 2002.
- Joyce, Bruce; Weil, Marsha y Calhoun, Emily. *Modelos de enseñanza*. Barcelona: Gedisa, 2002.
- Mèlich, Joan-Carles. *Del extraño al cómplice. La educación en la vida cotidiana*. Barcelona: Anthropos, 1994.

¹⁵ Útiles resultan para los educadores las ideas de José Gimeno Sacristán en su libro *Educación y convivir en la cultura global*. Madrid: Morata, 2002. De igual modo las propuestas contenidas en el texto de Juan Carlos Torrego y Juan Manuel Moreno, *Convivencia y disciplina en la escuela. El aprendizaje de la democracia*. Madrid: Alianza, 2008.

- Melucci, Alberto. *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta, 2001,
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnología de la palabra*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Madrid: Gredos, 1989.
- Reyzábal, María Victoria. *La comunicación oral y su didáctica* Madrid: La Muralla, 1999.
- Torrego, Juan Carlos y Moreno, Juan Manuel. *Convivencia y disciplina en la escuela. El aprendizaje de la democracia*. Madrid: Alianza, 2008.
- Vásquez, Fernando. *La cultura como texto. Lectura, semiótica y educación*. Bogotá: Javegraf, 2004.
- Vásquez, Fernando. *Materiales para una didáctica de la escritura poética. La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*. Bogotá: Kimpres, 2008.
- Vásquez, Fernando. *Pregúntele al ensayista*. Bogotá: Kimpres, 2004.
- Vásquez, Fernando. *Vías, desvíos y extravíos. Variables de lectura de un poema. La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*. Bogotá: Kimpres, 2008.
- Warning, Rainer. *Estética de la recepción*. Madrid: Visor, 1989.
- Wellman, Carl. *Morales y éticas*. Madrid: Tecnos, 1982.